El regalo de Carlos III al general Washington, y la ayuda de España a la Independencia de los Estados Unidos

Manuel Olmedo Checa

Lucas Fieldin Jr. 1823. David Rumsey Map Collection

El profesor Eric Beerman, en las páginas 183 a 185 de su magnífica obra titulada *España y la Independencia de los Estados Unidos*, dio a conocer una curiosa anécdota que merece la pena ser recuperada. La reproducimos ahora con algunas leves modificaciones y comentarios, con la intención de que contribuyan a comprender mejor las circunstancias de tan singular episodio.

En el mes de enero de 1782 llegaba a La Habana una escuadra norteamericana al mando del comodoro Alexander Guillon que había partido dos años antes del puerto de Charleston, en el estado de Carolina del Sur. Su buque insignia era la *South Carolina*, una fragata con casco de navío, poderosamente armada con 24 piezas de a 36 y 12 de a 12. Otros 8 buques de guerra y 12 mercantes componían esta escuadra, que había realizado un amplio periplo en corso contra los británicos, tocando en La Coruña y en Tenerife, en donde había sido abastecida por los españoles.

En aquellos momentos el general Cagigal estaba ultimando los preparativos para la conquista de las Bahamas, en poder de los británicos, pero como la flota hispano-francesa se preparaba para invadir Jamaica, no disponía de las fuerzas navales que debían transportar su contingente y apoyar la operación con su artillería.

Cagigal, ante esta situación, aprovechó el feliz arribo de los norteamericanos y alquiló sus servicios al precio de 10 pesos y 4 reales por tonelada de arqueo de dichos buques, según consigna Tom Chávez en su ya citada obra sobre la ayuda española a los Estados Unidos.

Ello permitió que el 22 de abril se iniciase la operación contra las Bahamas, al zarpar de La

Habana un convoy formado por los ocho buques guerra americanos y un total de 57 transportes de ambas naciones, que al mando de Cajigal transportaban una fuerza aproximada de 2.000 hombres.

El 8 de mayo, sin que se produjera ninguna baja, los ingleses se rindieron, y España ocupó Nassau, la capital del archipiélago. Los navíos americanos quisieron cobrar inmediatamente el precio pactado, lo que no era posible en aquel momento, y ante la amenaza de que una escuadra inglesa podía llegar pronto, los buques de Guillon abandonaron apresuradamente las Bahamas, no sin llevarse un importante botín.

Yela Utrilla, en su pionera y extraordinaria obra sobre la Independencia de los Estados Unidos y la cuantiosa ayuda prestada por España, citando el informe que sobre el monto de dicha ayuda mandó elaborar el Conde de Aranda, consignaba que a la citada flotilla de Carolina del Sur se le había socorrido meses antes, con motivo de 2 arribadas forzosas en La Habana, con la cantidad de 14.424 pesos fuertes y 2 y medio reales, que sumaban 288.482,50 reales,

A título comparativo cabe recordar que la Catedral de Málaga aportó a la Corona para los gastos de esta Guerra un total de 400.000 reales, 200.000 en donativo y otro tanto en préstamo, sin que nunca les fueran devueltos.

En el mes de mayo de 1784 el Congreso de los Estados Unidos aprobó una resolución a favor de la delegación de Carolina del Sur en la que se solicitaba una compensación de España por los servicios prestados por la flotilla de dicho estado de Carolina del Sur durante la conquista de las Bahamas. No sabemos en qué cantidad se pactó con Cajigal el coste de dichos servicios y si se tuvo en cuenta el préstamo que anteriormente había recibido Guillon.

Cinco meses después de la citada petición, el representante diplomático de Estados Unidos en Madrid, William Carmichael, la presentó a la consideración del ministro de Estado, el Conde de Floridablanca. Recordando la estrecha colaboración entre los dos países durante la guerra, Floridablanca rogó al ministro de Indias, don José de Gálvez, que investigase sobre dicha petición.

Gálvez, a su vez, solicitó informe a su sobrino Bernardo, que en aquel momento se encontraba en Cádiz a punto de partir para La Habana, donde se haría cargo de su nuevo destino como capitán general de Cuba, Luisiana y la Floridas.

Bernardo respondió que comprobaría personalmente en los archivos de La Habana la existencia de cualquier acuerdo financiero entre el general Cajigal y el marino Guillon, que sería enviado a Gardoqui a Filadelfia, aunque no tenía conocimiento sobre él ya que había estado plenamente ocupado con la proyectada conquista de Jamaica.

Floridablanca pidió igualmente informe a Diego María de Gardoqui, recién nombrado Encargado de Negocios de España en los Estados Unidos, y que también en aquellos momentos estaba en Cádiz a punto de embarcar rumbo a La Habana, a donde llegó en febrero de 1785, poco después de arribar Bernardo de Gálvez, con el que se entrevistó varias veces hasta que partió para Filadelfia, a donde llegó en mayo.

Afirma Beerman que nada más conocer Carlos III la queja que había formulado Carmichael quiso obsequiar con algo apropiado a George Washington, que se encontraba en su granja de Mount Vernon en Virginia. Advertido el Rey de la importancia de las mulas españolas en las haciendas sureñas de los Estados Unidos, de lo cual dan fe las memorias de Saavedra, el monarca pensó que dos burros zamoranos que sirvieran de sementales sería un regalo idóneo, puesto que tenía conocimiento de lo feliz que se encontraba el general Washington al haber vuelto tras la guerra a dirigir nuevamente el cultivo de sus tierras.

Tom Chávez cita sin embargo que fue Washington el que encargó a Carmichael que adquiriera en España un "burro garañón", es decir un semental, sin relacionarlo con el episodio de las Bahamas.

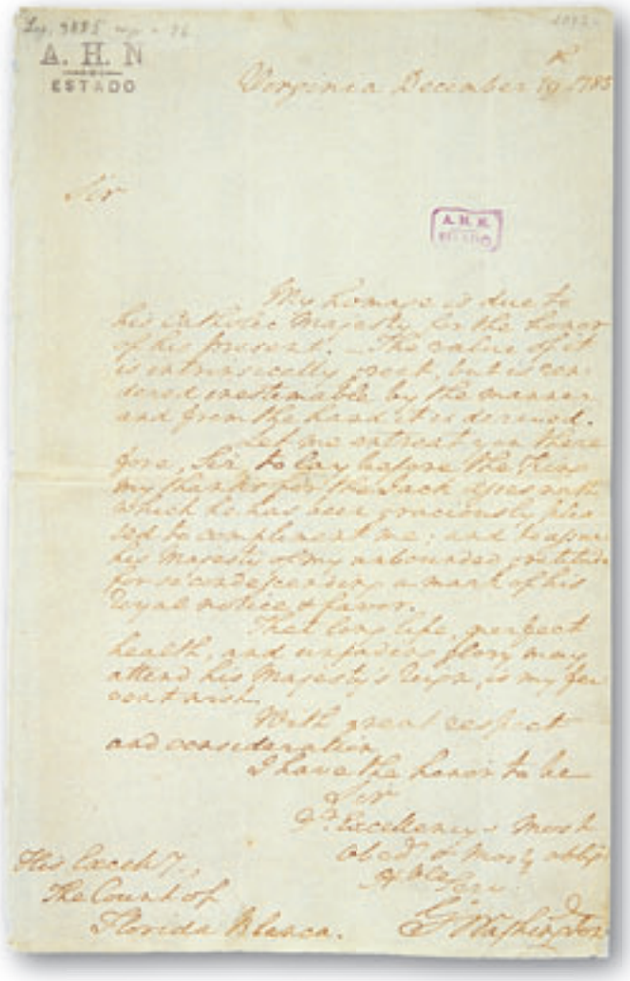
Sea una u otra la razón del asunto, el caso es que Floridablanca dio las órdenes oportunas, y se enviaron a Washington dos burros, encargándose del transporte la firma comercial "Gardoqui e hijos" de Bilbao, desde donde se enviaron por barco a Boston y luego por tierra a Virginia.

Washington, contentísimo con la noticia de que iba a recibir este real regalo, escribió a Floridablanca el 19 de diciembre de 1785 rogándole que expresase al rey Carlos III su agradecimiento por los burros. La carta del futuro presidente de los Estados Unidos se conserva en el Archivo Histórico Nacional, y su traducción, que debemos a nuestro amigo don Juan García Parrado dice así:

> *Señor:*
>
> *Estoy en deuda con su Católica Majestad que me ha honrado con su regalo. El valor del mismo es en si muy grande, pero por la mano y el modo en que se me entregan resulta inestimable. Por tanto permita que le ruegue, Señor, que le dé de mi parte al Rey las gracias por los burros con los que graciosamente ha tenido a bien obsequiarme y comunique a Su Majestad mi ilimitada gratitud por un gesto tan condescendiente de su real atención y favor.*

Sobre tan curioso asunto aporta también datos Reyes Calderón Cuadrado en su reciente libro *Empresarios españoles en el proceso de independencia de los Estados Unidos. La casa Gardoqui e hijos de Bilbao*, editado por el Instituto Francisco de Vitoria en el año 2004. Se cita en este trabajo que los dos burros se transportaron desde Bilbao en el buque *Ranger*, cuyo capitán era John Knight, y que con ellos iba también otro regalo de Diego María de Gardoqui a Washington: una edición del Quijote en 4 tomos.

Washington estaba muy agradecido por la ayuda española en general y a la casa "Gardoqui e hijos" en particular, que había realizado el transporte de gran parte de la citada ayuda a los americanos.



Gardoqui impulsó la construcción de la iglesia de San Pedro en Nueva York, el primer templo católico que existió en Estados Unidos, y que está situado en la calle Barclay, muy cerca de donde estuvieron las Torres Gemelas. La primera piedra se colocó el 5 de octubre de 1785, y la Corona contribuyó a su construcción con 1.000 dólares, que es probable fueran enviados por Bernardo de Gálvez desde México, extremo éste que estamos investigando.

De las magníficas relaciones que existían entre Diego María de Gardoqui y el general Washington es buena prueba el que éste asistió a la bendición de dicho templo el 20 de junio de 1786 y al banquete que Gardoqui ofreció con tal motivo.

Esta información aparece también citada en el libro de Mª Jesús Cava y Begoña Cava *Diego María de Gardoqui, un bilbaíno en la diplomacia del siglo XVIII*. Tanto en esta obra, como en la de Calderón Cuadrado y también en la de Natividad Rueda *La compañía comercial Gardoqui e hijos, 1760-1800*, se contienen numerosos datos de la actividad diplomática del que fuera el primer representante diplomático de España en los Estados Unidos, así como de sus gestiones comerciales y el importante papel que jugó para enviar la cuantiosa ayuda que España prestó a los Estados Unidos antes y durante su guerra de la Independencia.

Pero volvamos a los burros. El 30 de agosto de 1786 Washington daba las gracias a Gardoqui por haber recibido el regalo de Carlos III. Pero como sólo uno de los dos burros había llegado vivo, aprovechaba la carta para pedirle que le enviase también una burra, con objeto de que, entre uno y otra, pudiera él llegar reunir una cuadra asnal y mular para el laboreo de sus granjas.

En la carta de Washington fechada el 28 de noviembre de 1787 que Reyes Calderón reproduce en su libro, el General daba las gracias a su amigo Gardoqui por los 4 volúmenes del Quijote que había recibido, y además hacía votos por la perpetua amistad con España, en agradecimiento por la inestimable ayuda recibida de nuestra Nación y con la esperanza de los mutuos beneficios que de ella se derivarían.

El cálculo del monto a que ascendió la ayuda prestada por España a la Independencia de los Estados Unidos estimamos que es materia aún no aclarada del todo. De la citada obra de Calderón Cuadrado se desprende que, coincidiendo con los datos aportados en su tiempo por Oliver Pollock, el importe de los donativos o préstamos pudo ascender a más de 40 millones de reales, que España concedió aún cuando no contaba con más aval que la palabra de los representantes de las 13 Colonias, principalmente John Jay, Arthur Lee y el mismo Pollock.

Si se tiene en cuenta que el presupuesto anual del Estado era por aquellos años de unos 380 millones de reales, no es aventurado fijar el importe de dicha ayuda en un 10% de la citada cantidad, en la que obviamente no se incluye el gasto que supuso la guerra contra los ingleses, que no comenzó hasta 1779.

Puede hacer el lector el ejercicio de calcular hoy un porcentaje análogo de los Presupuestos Generales del Estado Español y resultará una cifra exorbitante, que *mutatis mutandis* permitirá cuantificar el esfuerzo económico que supuso la ayuda de España a las 13 Colonias. Si a dicha cantidad se unen las decisivas victorias de Bernardo de Gálvez y la libre navegación por el Misisipí durante la guerra a los buques americanos, se comprenderá fácilmente la importancia cuantitativa y cualitativa de dicha ayuda, que en gran parte no fue devuelta, porque se concedió como donativo.

Ello justificaría el porqué de las repetidas manifestaciones de agradecimiento que contienen las cartas que el general Washington envió a Gardoqui, lo que contrasta con el hecho de que, en nuestra opinión, hoy en los Estados Unidos no se tiene conciencia de la importancia que representó dicha ayuda.

Por ello es muy revelador el gesto que tuvo George Washington cuando fue elegido primer presidente de los Estados Unidos: en el solemne acto de su investidura, celebrado en Nueva York el 30 de abril de 1789, quiso que el embajador de España, Gardoqui, se situara junto a él, a su izquierda.

Aquél glorioso día un único buque de guerra extranjero se hallaba atracado en los muelles de Nueva York: era el bergantín *Galveztown*. Bernardo de Gálvez, que protagonizó el más heroico episodio de su vida a bordo de dicho buque, había fallecido en México 3 años antes. Quizá Washington quiso tener ese honroso detalle hacia quien tanto hizo para ayudarle en su lucha contra los ingleses.

Quienes con esta publicación hemos intentado recuperar la gloriosa memoria de Bernardo de Gálvez, gustosamente ofreceremos un retrato de tan extraordinaria figura si algún día el Congreso de los Estados Unidos decide atender la propuesta que con toda justicia y merecimiento formuló en 1782 Oliver Pollock, testigo excepcional de la heroica y decisiva intervención del joven general español: que dicho retrato figurase junto a los de otros ilustres personajes que, con méritos no mayores que los de Bernardo de Gálvez, contribuyeron a que la joven nación nacida el 4 de julio de 1776 lograra alcanzar su Independencia.